

# ÍNDICE

## PRIMER PREMIO

Amor de fantasma <i>Pedro Maestre Herrero</i> . . . . .	1
--	---

## ACCÉSIT AL ESTUDIANTE UNED

Las cinco y cuarto <i>Mariano de Meer Alonso</i> . . . . .	29
---	----

## SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

La melodía del despojo <i>Juan Carlos Fernández León</i> . . . . .	55
---	----

El emigrante <i>Irene Golden Ruiz</i> . . . . .	73
--	----

El empleo de Jonás <i>José Miguel de la Fuente González</i> . . .	107
--	-----

El Tranvía en el que viajaba una serpiente <i>Vicente Gallego</i> . . . . .	139
---	-----

## BIOGRAFÍA

MARIANO DE MEER ALONSO. Huesca, 1976.

Es profesor de Lengua castellana y Literatura en el instituto de educación secundaria de Almu-  
dévar. Llegó a esta localidad oscense hace ahora  
cuatro años, tras casi una década impartiendo  
clase en Andalucía, primero en Sevilla y luego en  
Macael (Almería), en donde comenzó a escribir  
*Intrusos de papel*, su primera novela. Ha escrito  
varios relatos y está preparando una segunda no-  
vela, *Historias de humo*.

**T**eníá frío. Siempre tenía frío, pero esta vez era diferente. Mi cuerpo no acababa de templarse y mi cabeza era incapaz de gobernarlo para que dejara lo que estaba haciendo y saliera de la habitación. Estaba hecho un ovillo sobre la chaise-longue del comedor, tenía sobre mi cuerpo la manta que cubriera miles de siestas y no sé la de veces que había tirado de mi camiseta para evitar que se escapara el calor corporal. Miré el reloj. Seguían siendo las cinco y cuarto. ¡Cómo no! Pensé en prepararme algo

para merendar. Quizá un vaso de leche caliente con miel. Eso me sentaría bien. O un zumo de naranja. Hora de merendar. Eso tenía gracia. Recogí una punta de la manta que se había quedado atrapada entre mi pierna y el sofá, la aprisioné contra mi pecho y volví a repasar la carta. ¿Quién escribía hoy en día una carta? Ni siquiera se mandaban christmas. Hacía siglos que los amigos dejaron de enviar postales desde ciudades fantásticas y habían transcurrido milenios desde que las parejas de recién casados agradecieran con un cartoncito exótico felicitaciones y apoyo a sus más íntimos. Recuerdo vagamente esas postales con frases y dibujos estrafalarios. Te dejaban, en el reverso, más espacio para la dirección y el sello que para el mensaje que querías transmitir. En fin, contra todo pronóstico, había

recibido una carta. Había sido enviada por correo y tenía su destinatario, su sello en euros y su remite. No tenía más que sacarla de nuevo de su sobre y leerla.

*De mi vida no podría contar gran cosa. Si de esa historia dependiera el éxito de una recepción animada o de un ligue nocturno, el fracaso me sacaría de la reunión y me dejaría en la calle junto al bar. Supongo que hay personas que han tenido una infancia difícil, de la que han debido salir adelante haciéndose a ellos mismos. Quizá hundiéndose en lo que vivieron desde chicos. Tal vez logrando superar tamaños obstáculos. Yo no estoy entre esos tipos. Otros no han tenido más que una vida fácil, sencilla, que los ha hecho más o menos felices. Y en ella han tenido momentos que para ellos son importantes y que ellos han hecho que tengan valor. Esos valiosos instantes son los que adornarían el*

*relato de su vida. Tampoco yo me encuentro entre esos individuos. No he vivido como un héroe clásico ni contemporáneo; no he hecho memorable ningún detalle insignificante de mi vida. He vivido y punto. Ni mejor ni peor que nadie. ¿Mis padres? Unos padres. ¿Mi familia? Eso: familia. Colegio, juegos, partidos, música, chicas... Con eso ya salvamos infancia y adolescencia. Le ponemos una carrera universitaria y un tiempesito de paro y ya tenemos la alegre juventud. Ya solamente queda hablar del trabajo, la mujer y los niños. Y si adelantamos un poco más hasta el día de hoy, dejamos a la señora y a las criaturas y nos quedamos con el más aburrido de los tres.*

El frío seguía conmigo, jugando con mis manos y mis pies. Hacía los movimientos de un perturbado para sacudírmelo de encima. No me había levantado

para prepararme algo de merienda. A decir verdad nunca merendaba. Pero hoy había comido poco. Y estaba en casa. Y además me apetecía. ¿Qué me había retenido antes? La pereza, por supuesto. No. Algo más. La carta. La veía sobre la mesita, tapando unas cuantas huellas circulares de vasos y copas, y algún chorretón de cualquier salsa grasienta. Volví a recogerla. El sobre había desaparecido. ¿Dónde se había metido? Un minuto de búsqueda bastó para mandar todo a la mierda, quitarme la manta de encima y meterme en la cocina para prepararme un zumo de naranja. Estaba molesto por mi suerte, por mi capacidad inigualable de perder las cosas, por ser tan desastre. La pagué con insultos y con hechos. El exprimidor de zumos realizó su último trabajo. Y sin preaviso ni indemnización.

*Está bien. Admito que mi vida tiene dos o tres momentos que podrían ser interesantes. Y quizá puedan llamar la atención. Los contaré, pero no en su orden preciso. Empezaré hablando de Milena. Milena no es una chica alta, morena, de pelo largo rizado y una sonrisa arrebatadora. Milena es la limpiadora de la caja en donde trabajo. Su pelo, de tan teñido, ha dejado de tener color. Es más bien bajita, achatada por los polos, como la tierra, y precisamente de ese color, terroso, es su piel. Milena no sonríe nunca. Empezó a trabajar en la Caja de Ahorros de Los Pedroches hará unos seis meses. Siete. Por supuesto yo solo la veía cuando entraba a trabajar. Su turno comenzaba a las siete y media de la mañana y se iba una hora más tarde. Por la tarde solamente limpiaba los jueves, cuando la Caja atendía también en horario vesperti-*

*no. Los jueves salía de la Caja a las nueve. Una hora más tarde que el último pringado de la oficina, o sea, yo. Eran los únicos momentos en los que estábamos a solas. Tardamos en hablar. Pero cuando lo hicimos, empezamos a ver que teníamos cosas en común, que nos habíamos fijado en las mismas memeces de los compañeros de trabajo y que compartíamos un escepticismo ante todo lo que nos rodeaba. Ella tenía una manera especial de mirar el mundo. Y a mí me gustaban ambas. Durante la semana yo era un autómata solitario con una sonrisa que me ponía y quitaba a la misma vez que la corbata. Los jueves éramos dos y la sonrisa me esperaba en la oficina y me recibía con total espontaneidad.*

Tiré el aparato con tanta fuerza que rasgué la bolsa de basura y saltó el envase hecho añicos. Tenía que calmarme.

En las últimas semanas había tenido este tipo de accesos de cólera desproporcionados. Los motivos más nimios provocaban una erupción volcánica en mi carácter. Y la pagaba con lo que tuviera a mi alcance. A veces un semáforo, un plato, el sillón del despacho o el vecino del quinto. Empezaba a preocuparme. Como empezaba también a mosquearme el agudo frío que seguía susurrándome notas en una escala cada vez más alta. Tenía que calmarme, alejarme de la cocina y volver al calor de la manta y la chaise-longue. Me acurruqué de nuevo en el sofá. Allí estaba a salvo del mundo. Podía cerrar los ojos y eliminar mentalmente todo lo que me estorbaba. Era capaz incluso de dejar de sentir ese frío que se había convertido en mi propia sombra. Lo que no podía era escapar de ese otro objeto